



Conversaciones de bar (relato)

*Juan Miguel
Ugartemendia Urkiola*

Sinceramente, aquello era un auténtico tormento. Llegué a desear por un instante una muerte fulminante -un infarto acompañado de una embolia, por ejemplo- que pusiera fin a aquel ardor insoportable que me comía las tripas. Pero no pasaba nada, y estaba obligado a seguir esperando, sentado a la barra del bar. Notaba en la boca el sabor de una cloaca; ahuequé las manos (repitió el gesto) y eché el aliento por ver hasta qué punto me apesataba. Pero al hacerlo, recordé que era inútil: tenía las narices taponadas. “Bueno, al menos ya no sangro”, pensé aliviado. Estaba despierto, demasiado, ya me entiendes, tal como se encuentra uno tras una noche sin pegar ojo. Llegué a tener alucinaciones, no te digo más.

- ¿Alucinaciones? ¿Habías tomado algo?

Carlos sacó un cigarrillo y lo encendió con parsimonia. Miró a Jon fingiendo sentirse ofendido.

- ¿Yo? Sabes bien que no soy más que un borracho. El hecho es que trataba de leer el

periódico que tenía delante, pero cada vez que fijaba la atención, las palabras cambiaban.

Notó que Jon no entendía muy bien lo que le decía.

- Por ejemplo, explicó, donde decía: “Un joven desaparece en la playa de Orio”, yo leía: “Joven come anchoas en la playa de Orio”.

Jon no pudo por menos que soltar una carcajada.

- Más reirás, le cortó Carlos, cuando te cuente el final. ¿Dónde iba?

- Me estabas contando la triste historia de tus cuatro neuronas huérfanas.

- ¡Ah, sí! Bueno, el hecho es que el tiempo pasaba y la tía no llegaba. En este tiempo me había bebido una botella de litro y medio de agua y, a pesar de ello, el cuerpo no terminaba de darme la vuelta, así que pensé en mandarlo todo a la mierda y largarme a casa a plachar la oreja. Me disponía a pagar cuando...

Un carraspeo solicitó su atención. Los dos levantaron la cabeza al mismo tiempo. Se trataba de la camarera, una gorda embutida en un ridículo uniforme cuajado de puntillas. Desde lo alto de su mostacho les miraba como si le debieran dinero.

- No nos queda lengua, dijo.

Carlos y Jon consultaron el precioso menú de papel calado que había sobre la mesa.

- Yo tomaré conejo en salsa,- dijo Jon sin mirarla.

- Yo también comeré el conejo,- dijo Carlos mirándola a la cara.

La camarera dijo algo parecido a “entendido” y se marchó devolviéndoles felizmente la vista del comedor. Carlos se disponía a retomar la historia, pero Jon se le adelantó:

- Oye, antes de que me cuentes lo que hiciste antes de pagar, cuéntame por qué te largaste dejándolo todo para el día siguiente.

Carlos adoptó la pose de cínico.

- ¿Has estado alguna vez en el Congo Belga?

- No, pero ¿qué tiene eso que ver con la tía?

- Mira, chico, a ese agujero uno sólo va a morir, a convencerse de que definitivamente todo ha terminado, y acompañaba sus palabras con gestos categóricos.

Sin dar tiempo a que Jon abriera la boca, extendió la mano y dio comienzo a una enumeración:

- En primer lugar, uno llega allí impresentable, y no quiero decir digno de lástima, sino de asco; en segundo lugar, apenas uno traspone el umbral se pregunta qué hace allí

- Sí, pero me tiran más dos tetas, le interrumpió Jon.

- Que dos pares de carretas. Ya lo sé, respondió Carlos. Pero no es menos cierto que a pesar de que a esas horas tu abuela, incluso sin la dentadura postiza, me parecería un buen plan, uno carece de dotes de conversador y lo único que acierta a decir es "hola", y después de eso, dos o tres "holas" más. Si yo fuera mujer, llevaría una cápsula de cianuro en la muela en previsión de esas situaciones.

- Pero aquella noche hablaste un buen rato, dijo Jon con una media sonrisa.

- ¿Y crees que a la mañana siguiente recordaba algo de lo que hablamos?

Carlos iba a retomar el hilo de la historia cuando la camarera los interrumpió nuevamente. Apartó la botella de vino y un mendrugo de pan y les puso el conejo en mitad de la mesa. Carlos no abrió la boca hasta que la gorda se hubo marchado:

- Como te he dicho antes, había perdido la esperanza de volverla a ver cuando noto que se me sienta al lado. Al principio me quedé

mirándola un poco atravesado. La recordaba más guapa, más atractiva, no sé

- ¿Y ella qué te dijo?, preguntó Jon.

- Paciencia. Yo le dije: "Hola. No traes muy buena cara". "Pues mira que tú", me respondió ella volviendo a su café con leche. Como no tenía la menor idea de lo que hablamos la noche anterior, pasé, sin más preámbulos, a decirle que su compañía, en un estado tan calamitoso como el mío, era un bálsamo. Ella me respondió que no creía que fuese para tanto, pero que le divertían las tonterías que decía: "chuminadas" dijo exactamente. Después, café tras café, seguimos pegando la hebra más de una hora. Me contó que había roto con su novio hacía una semana; que lo encontró beneficiándose a la que hasta entonces había sido su mejor amiga. Mientras ella hablaba, yo asentía, sintiendo que a cada minuto que pasaba el aire escaseaba a mi alrededor, así que la interrumpí para preguntarle si no le apetecía dar un paseo. La llamé por su nombre, muy dulce: "Isabel, ¿qué te parece si me cuentas tu vida entera en la calle, respirando un poco de aire fresco? Y ella me respondió sin mostrarse excesivamente sorprendida: "No me llamo Isabel, me llamo Ana". ¡Joder! ¡Fue como si una traca de feria me estallara en la cabeza! ¡No era la tía de la noche anterior! Sí, no pongas esa cara de memo; aquella era la primera vez que me veía en su vida.

- ¿Quiere decir que largó ese rollo a un desconocido, así, sin más?

- Tal como te lo he contado, punto por punto.

- ¿Cuándo ocurrió esto?,- preguntó Jon sin salir de su asombro.

- Hace tres meses.

- ¿Y seguís juntos desde entonces?

- Sí. ■